

El secreto del Salón de los Pasos Perdidos



Había una vez, en una pequeña ciudad llena de historia, llamada Montevideo, un palacio gigantesco conocido como el **Palacio Legislativo**. Este no era un palacio en dónde vivían reyes ni príncipes, ni princesas, en él habitaba la democracia. ¿La democracia? Si si leíste bien, el Palacio Legislativo es un lugar en dónde se llevan a cabo las funciones del Poder Legislativo. En él se reúnen los legisladores en Asamblea General para discutir y aprobar leyes que rigen la convivencia ciudadana.

Dentro de este palacio, existía un salón misterioso y mágico, conocido por todos como el **Salón de los Pasos Perdidos**. Nadie sabía por qué se llamaba así, pero todos coincidían en que había algo extraño en su interior, algo que solo podía descubrirse si se tenía el corazón y la imaginación dispuestos.

En este salón, las paredes estaban decoradas con **vitrales de colores** que brillaban como las estrellas al amanecer. Algunos vecinos del barrio de la Aguada, en dónde está ubicado el Palacio decían que esas obras parecían cobrar vida cuando nadie las miraba.

Un día, dos amigos, **Valeria y Tomás**, decidieron explorar el Palacio Legislativo. Sabían que su maestra los iba a llevar de visita pues ese año cumpliría 100 años de su inauguración. Habían oído historias de los misteriosos vitrales que, según decían, podían contar historias si uno sabía mirar con atención. Después de transitar por varios pasillos, llegaron al Salón de los Pasos Perdidos. Cuando entraron, un aire fresco y peculiar los envolvió, como si el lugar los estuviera esperando.

—¿Ves eso? —dijo Tomás, señalando un vitral situado en la antesala de la cámara de senadores—.

La maestra explicó que el vitral se denominaba La Justicia y que fue diseñado por el artista italiano Giovanni Buffa y realizado por la Cooperativa de Artesanos del Mosaico de Venecia.

— La obra representa a la figura alegórica de la Justicia personificada por una mujer — señaló el guía que acompañaba la visita del grupo por el Palacio

Pero Tomás veía algo más al fondo del vitral.

— ¡Es un dragón! Mira cómo se mueve, ¡parece que va a volar!

Valeria miró fijamente. De repente, los colores del vitral comenzaron a brillar más intensamente, y el dragón de colores, que en un principio solo parecía una imagen estática, comenzó a agitar sus alas, como si fuera real.

—¡Es magia! —exclamó Valeria—. ¡Lo sabía!

En ese momento, los otros vitrales comenzaron a brillar. Uno de los pájaros de otro de los vitrales,, con un aleteo suave, se acercó a los niños.

—No tengan miedo —dijo el pájaro, con una voz suave pero poderosa—. Bienvenidos al corazón del Salón de los Pasos Perdidos. Aquí, las obras de arte no solo son imágenes; son portales hacia otros mundos. Y solo los más valientes pueden entrar.

Valeria y Tomás se miraron emocionados, sin creer lo que estaba sucediendo.

—¿A qué mundo nos llevará este vitral? —preguntó Valeria, apuntando al dragón.

—Cada vitral y cada mosaico es una puerta a una historia diferente —respondió el pájaro—. Si quieren, puedo llevarlos al mundo que está detrás del vitral de La Justicia en donde se encuentra el dragón que han podido vislumbrar. Pero deben estar preparados. Los dragones no son fáciles de manejar, y solo aquellos que se atrevan a volar con ellos podrán regresar.

Sin pensarlo dos veces, Valeria asintió con decisión.

—¡Nosotros queremos! —dijo Tomás, lleno de emoción.

El pájaro con su copete rojo tocó el vitral ligeramente. Inmediatamente, una luz brillante los envolvió y, antes de que pudieran entender lo que sucedía, los niños se encontraron volando sobre un vasto cielo lleno de nubes brillantes, surcando el viento a lomo del dragón.

—¡Esto es increíble! —gritó Valeria, mientras las alas del dragón se batían con fuerza.

A lo lejos, veían castillos flotantes, islas en el aire y criaturas mágicas. Pero algo no estaba bien: el dragón parecía estar perdiendo fuerza. Los niños rápidamente se dieron cuenta de que para regresar a su mundo debían ayudar al dragón a superar un reto.

—¡Debemos encontrar la espada y la balanza símbolo de la justicia! —gritó el dragón con voz débil—. Es la única forma de recargar mis alas y regresar al Salón de los Pasos Perdidos.

Los niños, sin pensarlo, se embarcaron en una carrera a través de montañas flotantes y valles llenos de magia. Con valentía, cruzaron ríos brillantes, esquivaron criaturas curiosas y, finalmente, encontraron la espada y la balanza en el centro de un laberinto de cristal.

Al colocar la espada y la balanza sobre el lomo, el dragón recuperó su energía y voló de regreso hacia el Salón de los Pasos Perdidos. Pero antes de regresar, el dragón les susurró:

—El arte siempre tiene magia, pero solo aquellos que creen en ella pueden ver su verdadero poder. Gracias por ayudarme, niños. Siempre podrán regresar a este lugar si necesitan recordar la valentía que llevan dentro.

Con un destello final de luz, Valeria y Tomás se encontraron nuevamente en el Salón de los Pasos Perdidos junto a los demás compañeros y su maestra. El dragón de la justicia ya no estaba. Los vitrales ya no se movían, pero ellos sabían que todo lo que habían vivido era real. No solo porque lo habían visto, sino porque habían sentido la magia dentro de ellos.

Antes de salir, Valeria miró a Tomás y sonrió.

—Creo que nunca volveré a ver los vitrales de la misma manera —dijo, con un brillo en los ojos.

—Y yo nunca olvidaré que el arte tiene secretos esperando ser descubiertos —respondió Tomás.

Y así, con una última mirada al mágico salón, los dos amigos se alejaron, sabiendo que siempre tendrían un lugar especial donde las historias y la magia no solo se cuentan, sino que se viven.

Cuento creado por la contenidista Natalia Bouzas para la Propuesta Didáctica “ Exploraciones en el ciberespacio del Salón de los Pasos Perdidos”